

EL SIGNIFICADO DE KARL RAHNER PARA LA IGLESIA

Celebrar los cien años de alguien tiene sentido incluso si la persona de referencia ha muerto ya. Al hacerlo, volvemos la vista atrás todo un siglo y desde allí repasamos de nuevo el siglo hacia delante. Y nos afecta especialmente cuando hemos estado y estamos vinculados con estas personas de distintas maneras. El tiempo que uno ha vivido y los acontecimientos de su vida forman parte de una persona, también para la generación siguiente. Esto es válido precisamente en el caso de Karl Rahner, cuyo centenario se cumplió el 5 de marzo de 2004. Su vida y su obra van estrechamente unidas. En este artículo quisiera subrayar la importancia de Karl Rahner para la iglesia atendiendo primero al testimonio permanente de su vida y presentando, en segundo lugar, un esbozo de su legado.

Karl Rahners Bedeutung für die Kirche, Stimmen der Zeit, Spezial I (2004) 3-15.

UNIDAD DE VIDA Y OBRA

K. Rahner habló poco y a regañadientes de sí mismo. Una de sus pocas manifestaciones autobiográficas dice así: "Si digo que nací el 5 de marzo de 1904 en Friburgo, hijo de un profesor de instituto, que crecí en una familia cristiana, católica convencida, al que una valiente madre de siete hijos imprimió carácter, que hice los estudios normales hasta acabar secundaria en 1922, con resultados buenos, absolutamente normales... ¿qué sé yo propiamente de mis 'comienzos'? Poco. Y este poco desaparece cada vez más en un pasado silencioso cubierto por el esfuerzo cotidiano. En 1922 entré en la orden de los jesuitas. Después de 44 años, de este comienzo se sabe que fue bueno, que me fue fiel y yo pude serle fiel a él, y poco más".

Su hermano Hugo, fallecido en 1964, había entrado en la orden de los jesuitas en 1919. Sin duda, Hugo Rahner, extraordinario especialista en teología patristica, redescubridor de Ignacio de Loyola y humanista de gran delicadeza de espíritu, algo tuvo que ver con el ingreso de Karl en la Compañía de Jesús.

Pasó los dos años de noviciado en Tisis (Austria) ejercitándose en la forma de vida de un futuro jesuita. La espiritualidad ignaciana le marcó para toda su vida: buscar a Dios en todas las cosas, la experiencia de un Dios siempre mayor, la elección en los ejercicios y, en general, los "ejercicios espirituales" de Ignacio de Loyola. De 1924 a 1927 estudió filosofía, el primer año en Tisis y los otros en Pullach, junto a Munich.

Tras una interrupción de dos años, en los que enseñó latín y griego, siguieron los estudios de teología en Valkenburg (Holanda), de 1929 a 1933. En julio de 1932 fue ordenado sacerdote en Munich.

Durante los once años de los “estudios normales en la orden”, tuvo lugar una dedicación incansable a las grandes fuentes de la filosofía y la teología clásicas. Primero, estudió como pocos la filosofía y la teología académica en sus áridos manuales. Cuando más tarde polemizaba contra esta “teología académica”, que a menudo se había convertido en estéril y banal, lo hacía desde un profundo conocimiento de la misma. La obra de Rahner intuyó la dinámica oculta y la fuerza interior de algunas grandes tradiciones que habían quedado disecadas en la teología académica. Durante estos años Rahner se dedicó a las grandes fuentes patrísticas y a los teólogos de Edad Media, así como a los grandes místicos, como muestran sus primeras publicaciones.

¿Filósofo fracasado?

Karl Rahner fue destinado a la enseñanza de la historia de la filosofía en Pullach, cerca de Munich. Para ello, acabados sus estudios de teología, fue enviado con Johannes B. Lotz, a su ciudad natal, Friburgo en Brisgovia, donde tuvo la suerte de tener a Martin Heidegger como profesor. Decisivo en este tiempo fue el ejercicio de un pensamiento riguroso y la reflexión sobre los grandes textos. Además del pensamiento de Hei-

degger, fue importante también la obra de Joseph Maréchal, jesuita belga, quien inició un encuentro de la filosofía de Tomás de Aquino sobre todo con Kant y Fichte. Fruto de muchos años de discusiones con Maréchal fue la obra *Esíritu en el mundo*, terminada en 1936 y publicada en 1939.

Hoy parece un mal chiste, pero en 1939 fue una amarga realidad el hecho de que Martin Honacker, titular de la cátedra de filosofía en Friburgo, no aceptó este trabajo como tesis doctoral, no sólo por el carácter predominantemente sistemático y poco histórico de su interpretación de Tomás, sino posiblemente también a causa de su presunta cercanía al pensamiento de Heidegger. Lo cierto es que a Rahner le interesaba menos la perspectiva histórica que el peso y la dinámica de las ideas fundamentales de Tomás, que él siguió desarrollando con frescor y libertad de espíritu.

No fue por esta razón, sino por dificultades personales que los superiores de su orden le destinaron a profesor de teología dogmática, y aquel mismo año se doctoró en teología en la Universidad de Innsbruck con un trabajo sobre la eclesiología de los Padres de la Iglesia. El estudio, de 135 páginas, es un trabajo exegético-histórico sobre Jn 19, 34: el origen de la Iglesia, como segunda Eva, del costado de Cristo, segundo Adán. Medio año más tarde fue habilitado como catedrático de dogmática con un trabajo de investigación sobre la historia de la teología patrística, de la piedad y de los místicos medievales. De

este trabajo de oposición a cátedra, lamentablemente, no existe ningún ejemplar.

Desde 1937 a 1964 trabajó como profesor de dogmática junto a su hermano Hugo en la facultad de teología de Innsbruck, pero con interrupciones. En 1938, tras la ocupación alemana de Austria, la facultad fue cerrada. De 1939 a 1944 vivió en Viena, donde colaboró en el instituto de pastoral. Tras una breve dedicación a la pastoral de inmigrantes y refugiados en la Baja Baviera, Karl Rahner enseñó en Pullach y desde el otoño de 1948 de nuevo en Innsbruck (desde 1949 como profesor ordinario).

Aquí enseñó la mayor parte de su vida. Durante mucho tiempo los seminarios de dogmática de Innsbruck fueron su taller de teología, en el que algunas ideas, después publicadas, fueron abiertamente repensadas y puestas a prueba, por ejemplo sobre la muerte y sobre la relación de la historia del mundo y la historia de salvación.

De Innsbruck a Munich: filósofo de la religión

En 1964 Rahner pasa a la Universidad de Munich como sucesor de Romano Guardini: acepta la cátedra de filosofía de la religión y cosmovisión cristiana. La aceptación de este encargo, de transmitir en el ámbito de una facultad de filosofía el sentido fundamental de la fe cristiana en el horizonte del pensamiento moderno, encajaba con una visión profunda de su concepción de la

teología que él nunca pretendió impulsar sólo por amor a la ciencia teológica. La etapa muniquesa estuvo muy marcada por su intensa colaboración en el Vaticano II y también por el esfuerzo exigido. El tiempo de las grandes instituciones que agrupaban diversas facultades en el sentido de un *studium generale* parecía llegar a su fin. Karl Rahner impartió aquí por primera vez y sobre todo el *Curso fundamental de la fe*.

Karl Rahner no se encontró muy a gusto con este encargo ante la situación intraeclesial surgida después del Vaticano II. Intuía cada vez más que iba a empezar una nueva fase de trabajo teológico y que sus posibilidades de ser eficaz eran mayores en una facultad de teología. De ahí que con 63 años (primavera de 1967) aceptara la insólita llamada de la facultad de teología católica de la Universidad de Münster (que le había nombrado Doctor *honoris causa* tres años antes), en la que trabajó hasta su jubilación en 1971.

Jubilación (pero menos)

Karl Rahner vivió diez años como “jubilado” en Munich, en los que su actividad como conferenciante y escritor fue muy intensa. Además, impartió cursos y coloquios en la Escuela Superior de Filosofía de los jesuitas en Munich, en la facultad de teología de Innsbruck y en Münster (con H. Vorgrimler y J. B. Metz). Notemos que siempre volvía a Innsbruck, donde los jesuitas le habían preparado un espacio para acoger el Archivo Rahner, hoy ampliado.

Tras los años de “jubilado” en Munich, en otoño de 1981 se retiró a Innsbruck. La celebración de su 80 cumpleaños le aportó un gran reconocimiento. Los días 11 y 12 de febrero de 1984, la Academia Católica de Friburgo celebró una reunión en la que Karl Rahner estuvo muy participativo y agudo. También en Innsbruck se celebró su 80 cumpleaños y se instituyó el premio Karl Rahner para impulsar la nueva generación teológica.

Tantos viajes y celebraciones le agotaron. Como había hecho otras veces, tras las celebraciones se retiró a una clínica para descansar y poder volver al trabajo. Nadie se sorprendió. Pero su estado empeoró rápidamente y fue trasladado a la clínica de la Universidad de Medicina de Innsbruck, pero ya no se pudo hacer nada por él. Poco antes de medianoche del 30 de marzo de 1984 fallecía Karl Rahner. Pocos días después fue enterrado en la iglesia de los Jesuitas de Innsbruck, donde descansa junto a otros muchos compañeros de la orden. Yo mismo presidí la misa pontifical de réquiem y el entierro.

RASGOS FUNDAMENTALES DE LA TEOLOGÍA DE KARL RAHNER

La teología de Karl Rahner vive, de manera radical e insobornable, de una gran experiencia de fe. De ahí la aceptación tan amplia que ha encontrado. En el origen de este pensamiento teológico encontramos, junto a una “erudición” (a la que se refería irónicamente) y una capacidad para la

Entre tanto, había fructificado una obra gigantesca, que pocos podrán abarcar en su profundidad y con todas sus dimensiones. Más de 4.000 publicaciones. Se pueden destacar *Escritos de Teología* (16 volúmenes, en la edición alemana) y *Curso fundamental de la fe*. Pero hay que valorar además su trabajo de editor: *Lexikon für Theologie und Kirche*, *Sacramentum Mundi*, *Diccionario Teológico* (en colaboración con Herbert Vorgrimler), etc. Sólo los artículos de enciclopedias (de 1956 a 1973) ocupan dos grandes volúmenes de sus obras completas. Fue además cofundador de la revista *Concillium*, fundó con Heinrich Schlier la serie *Quaestiones disputatae*, y *Mysterium salutis* sería impensable sin Karl Rahner. En el entretanto han aparecido 11 volúmenes de sus obras completas.

La vida de Karl Rahner estuvo totalmente dedicada a la teología, a la iglesia y a su orden. En teología, biografía y teología son menos separables de lo que pueden serlo en otras disciplinas. Por ello, en Karl Rahner, vida y trabajo teológico forman una unidad inseparable.

filosofía poco común, una fe profunda, acompañada de una pasión por el Dios inabarcable y de una cercanía y bondad humana, no por contenida menos fiel. De esta fuente vital de la experiencia de un Dios siempre mayor, la teología de Rahner extrae una y otra vez su dinamismo, rompe los mol-

des de nuestros conceptos y reencontra inagotablemente el rejuvenecimiento del pensamiento, de la meditación y a menudo también del lenguaje. La experiencia filosófica del Dios silencioso e inaccesible en su lejanía recibe el fructífero complemento de la experiencia cristiana de la indecible cercanía de su misterio en la gracia perdonadora y acogedora de Jesucristo.

Este sería el núcleo oculto del pensamiento teológico de Rahner. Y aunque esta teología sabe profundamente del destino de la finitud humana, del fracaso en este mundo y de la necesidad de la cruz, no ha rehuido nunca este mundo. En todas las situaciones de la vida, incluida la muerte, hay un lugar donde el ser humano puede encontrar y aceptar la promesa inquebrantable de salvación de Dios. En el fondo de esta teología se encuentra la esperanza invencible de que el hombre apenas podrá renunciar a esta invitación de Dios. La amarga gravedad de una condenación eterna, innegable, sólo subraya la urgencia y la fuerza de esta esperanza. Por ello, Karl Rahner, sin ignorar el núcleo radical y decisivo del cristianismo, logró una nueva relación con personas ajenas a la iglesia, incluso con los llamados "ateos". Muchos encuentran en sus oraciones y meditaciones a alguien a quien pueden dar crédito porque ha hecho realmente experiencia de lo que habla: su propia existencia lo garantiza. Esta fe se manifiesta como realmente fraternal, porque está dispuesta a hacer suyas todas las preguntas del hom-

bre, a compartirlas y a defenderlas sin rehuir ningún problema.

Esta fraternidad de la fe es lo contrario de una piedad introvertida o exclusiva porque la pregunta apasionada forma parte de la misma como acto fundamental de esta teología. Dado que la respuesta de Dios siempre supera nuestra capacidad de preguntar, y dado que el hecho de insistir, esforzada y sobriamente, en el planteamiento de todo problema, como si de perforarlo se tratara, forma parte de la actitud del cristiano despierto y del hombre como tal, ninguna pregunta está prohibida ni puede darse el falso orgullo de "posesión" inviolable y definitiva de conocimientos.

No se trata de un pensamiento que al final se busca a sí mismo o da vueltas sobre sí mismo, sino de un pensamiento que se abre siempre a la experiencia y al compromiso del conocimiento. Ninguna pregunta es demasiado "tonta". Todo es analizado desde todas las perspectivas. Ningún ensayo alivia al lector con respuestas tranquilizadoras ni tampoco desemboca en preguntas vacías o indiferentes. Y, aunque en algunos proyectos hay que poner en movimiento muchos escombros en la mina de la teología y de su historia, siempre se pueden encontrar algunas pepitas de oro de discernimiento duradero y fuerza espiritual. A veces un conocimiento ha de empezar por arar pacientemente el campo y abrirse camino, lo que se traduce en frases largas, intrincadas, que conducen a distinciones cada vez más sutiles. Sólo gracias a la pasión de este

cuestionamiento sustancial puede un pensamiento, con esta fuerza interior, protegerse del peligro de una sistematización precipitada.

Evidentemente no se trata de hacer comparaciones, pero un pensamiento de este tipo, ¿no nos recuerda la capacidad transmisora, global y creativa, de un Agustín, de Tomás de Aquino y de un Hegel?

Una tal audacia de un preguntar sin límites sólo la puede llevar adelante quien sabe que no es él quien engendra la verdad, sino que ésta le es donada en toda búsqueda fecunda. La teología sólo puede ser la reflexión siempre cuestionante de la palabra que se da en la iglesia como confesión y decisión. En este sentido, lo que la teología busca una y otra vez es lo ya encontrado, porque la verdad del hombre, como totalidad (a diferencia de preguntas parciales y respuestas particulares), siempre tiene que haber existido. De lo contrario, una y otra vez sería puesta en cuestión y debería ser reencontrada. La verdad, precisamente por ser algo total y abarcante, no puede ser meramente subjetiva. En toda estructura fundamental de la persona, la verdad de la fe se sustrae a la esfera de lo puramente privado y arbitrario y necesita la comunicación comunitaria.

Por ello el diálogo es una necesidad vital. Pero precisamente la verdad así entendida permanece unida a la institucionalidad. Karl Rahner no teme esta estrecha interdependencia de verdad e institución porque, por una parte, no teme la verdadera libertad del in-

dividuo y rechaza la arbitrariedad de la subjetividad y, por otra, se da cuenta de lo beneficioso que resulta la alteridad y se da cuenta también de la fuerza salvadora que tiene el carácter ajeno de la verdad. Aquí no puede tratarse ni de mera incomprendibilidad ni de pura facticidad, a los que se apela sólo en virtud del argumento de autoridad. Este irreductible conflicto entre verdad e institución cautivó a Karl Rahner y esta lucha explica con toda profundidad la nueva eclesialidad del teólogo Karl Rahner. Todo esto puede tener mucha repercusión en el futuro.

Para algunos Karl Rahner fue un especulador que iba por libre. Pero esto sólo pueden decirlo quienes desconocen sus raíces bíblicas, su cercanía al mundo y su experiencia. De las fuentes de la fe cristiana sabe una enormidad, sin hacer ostentación de ello. Durante más de 20 años estudió a los grandes maestros de la tradición cristiana. Muchas de las aportaciones de la gran tradición de la fe se han convertido para él en terreno firme y en una suma teológica de experiencia que se da por supuesta. Sin embargo, siempre tiene muy claros los puntos de vista intelectuales propios de la reflexión teológica de nuestro tiempo, que no pueden olvidarse impunemente. Muchos de sus conocimientos se encuentran como posados en el fondo de este mar de saber, pero cuando alguna cuestión los despierta, entonces surgen inmediatamente Ireneo, Orígenes, los capadocios, Agustín, Tomás de Aquino, Buenaventura, Suárez y, por supuesto, los gran-

des místicos. “Alguien, que sabe mucho de historia y sistemática, pero para el cual el conocimiento sirve, como la vara para el zahorí, para rastrear las fuentes. A menudo es un camino largo, que da vueltas, aparentemente infructuoso. De repente, la vara se mueve y lo hace inequívocamente. Rahner sólo habla cuando ha descubierto algo” (H. U. von Balthasar).

Alguien que construye la teología sobre la fraternidad ilimitada en la fe y en la universalidad concreta del pensamiento, no puede guardar para sí y su círculo de ilustrados un conocimiento auténtico. El elemento pastoral y práctico no forma parte de las consecuencias o aplicaciones de esta teología, sino de sus fuerzas motrices. Quiere ser útil a la más pequeña comunidad de la selva y al misionero solitario. Y ésta no es una de las últimas razones por las que Karl Rahner renunció a sus planes y posibilidades de escribir una suma teológica, comparable quizá a la *Kirchliche Dogmatik* de Karl Barth, y en cambio se dedicó a preparar el conocimiento teológico de su tiempo para que llegase a un público más amplio. Como teólogo, Karl Rahner sintió la obligación social de compartir con los demás la fuerza de la fe.

Karl Rahner se interesó mucho, desde el principio, por las cuestiones de la teología práctica. Condición fundamental para el

éxito de cualquier esfuerzo teológico es un análisis cuidadoso de la situación histórica de la iglesia y la teología en el marco de la vida social actual. Así, experiencia vital y expresión de fe se inspiran mutuamente y se confrontan críticamente. Entre el amor a Dios y el amor al prójimo, Rahner veía una interdependencia distinguible y sin embargo indisoluble. Las reflexiones y la defensa de la libertad humana concreta (que él siempre entendió con sus amenazas individuales y colectivas) penetraron cada vez más en el núcleo de pensamiento de Rahner. Fin primordial del diálogo social y de la cooperación con los que pensaban distintamente debía ser ponerse de acuerdo sobre un “humanismo” común. En esto Karl Rahner siempre sostuvo la absolutez y la singularidad, así como el significado universal del cristianismo, aunque —condicionado a veces por una forma sobredimensionada de la llamada teología trascendental— puedan existir algunas inexactitudes en las formulaciones más atrevidas. El fin último de los esfuerzos era una radical reorientación de toda la conducta humana que explícita o implícitamente (“anónimamente”) es animada, impulsada y consumada por la gracia de Dios. Esta conversión total del hombre se manifiesta como la fuente irrenunciable de todo cambio de las estructuras inhumanas.

DIMENSIONES POLÍTICAS

A mediados de los años 60 Karl Rahner se dedicó con creciente intensidad a las implicacio-

nes políticas y de crítica social de la fe. Las raíces de esta actitud se encuentran ya en su obra prime-

riza *Espíritu en el mundo*, pero la confrontación con los esbozos teológicos posconciliares le hicieron profundizar en ello. Esto vale, por ejemplo, para la teología de la liberación. En Münster se dedicó todavía con más intensidad a la discusión con la “teología política” de su alumno y amigo Johann Baptist Metz. Así se dedicó, con profundidad y asiduidad (en parte debido a los acontecimientos seculares de finales de los 60 y principio de los 70) a temas como: diálogo y tolerancia en una sociedad plural; ideología y función crítica de la sociedad por parte de la iglesia; confrontación con el ateísmo/marxismo.

En numerosas colaboraciones y entrevistas de los últimos años hay muchas propuestas para la promoción de la cultura política. Rahner no se avergonzaba de “inmiscuirse” en problemas fundamentales fronterizos entre la iglesia y la sociedad, como por ejemplo, Iglesia-Judaísmo-Nacional-socialismo, armas atómicas o la teología de la revolución. Para Karl Rahner, política y religión, a pesar de ser dos cosas distintas, cada vez se le presentaban como formando una unidad difícilmente separable y de mutua dependencia. Rahner reclamaba una y otra vez, espacios libres, en los que todos, y no sólo una élite, pudieran tomar decisiones realmente libres. Concreción de este postulado son algunos modelos y manifiestos alternativos en el sentido de “tener valor para experimentar”, tal como se propuso, por ejemplo, para la dimensión eclesial en *Cambio estructural de la Iglesia*.

Karl Rahner prestó grandes servicios en casi todos los campos de su iglesia y de la teología. En muchos casos esto todavía no ha sido suficientemente trabajado (ecumenismo, diálogo con la ciencia, teología de las religiones no cristianas). Pero sacaremos de ello mucho provecho durante mucho tiempo.

La dimensión política mencionada va de la mano, en el pensamiento de Karl Rahner, de su crítica, a veces radical, a la sociedad “burguesa” y en primer lugar a la religión “aburguesada” así como a los “partidos establecidos”. Karl Rahner nunca se dedicó a una agrupación política, de manera que es precipitado decir que el orden de sus principios iba en la dirección de la política “de izquierdas”, aunque tampoco se puede excluir que estuviese cerca de ella en determinadas cuestiones. Todo esto no ha sido todavía estudiado, como tampoco la dimensión ético-social, teórico-social y política del pensamiento de Rahner, con sus fuentes y su influencia histórica. Es evidente que estas opciones se alejan del núcleo de la teología rahneriana, aunque tengan sus líneas de contacto. En todo caso Rahner sabía que en estos puntos hay alternativas legítimas. Y lo cierto es que, con todas estas manifestaciones, Rahner hizo nuevos amigos, sobre todo jóvenes, pero también perdió antiguas amistades.

Un amor profundo a la Iglesia

Karl Rahner fue y es un hom-

bre de la iglesia. Como miembro de la Compañía de Jesús, esto fue incuestionable, aunque estuvo expuesto a ataques y él mismo ejerció la crítica en la iglesia. Se puede no estar de acuerdo con el “abucheo” de Karl Rahner ante la situación de la iglesia, pero nadie podrá negarle un profundo amor a la misma. A veces da vergüenza ver cómo se niega incluso la buena voluntad a uno de los grandes teólogos del siglo XX de habla alemana. Tales manifestaciones no merecen la más mínima atención. La mayoría serían desmentidas por el testimonio de muchas personas, incluso de generaciones, que todavía hoy exclaman: “Karl Rahner, Dios te pague todo lo que has hecho”. Aportaré un solo testimonio, el del psicoterapeuta Albert Görres: “Para innumerables cabezas cansadas y corazones heridos, para legiones de perjudicados por la iglesia y decepcionados de Dios, Karl Rahner siempre ha encontrado las palabras de ayuda que les han reabierto el acceso y les han hecho apreciar al Dios perdido, a su creación llena de amenazas, a su historia sangrienta y a su molesto

evangelio, a la pesada iglesia. Ha animado a tristes, ha enseñado a incultos, ha encaminado a los que iban perdidos y aconsejado a los que dudan. Ha sosegado a los que habían perdido la paz y en todo ello ha alcanzado lo máximo que la psicoterapia, según la doctrina de Freud, puede conseguir: reconciliación con una realidad aparentemente insoportable, adhesión a todo lo que es digno de ella y rechazo de todo lo inaceptable.”

La fecundidad, tras su muerte, de un hombre creador desde el punto de vista espiritual es un misterio. Durante un tiempo puede parecer que pertenece a un tiempo pasado. Pero quizá esta retirada de la pura actualidad, que Rahner nunca pudo apresar, es el principio de una transformación que hace visible el valor auténtico de su obra, la obra de un hombre que sigue dando que pensar más allá de nuestro presente y que, a pesar de su carácter finito, hace resplandecer algo del esplendor de la verdad. Estoy convencido de que Karl Rahner ha encontrado en Dios esta luz de la verdad que él buscó para los demás y para él.

Tradujo y condensó: LLUÍS TUÑÍ